

3 de septiembre

Román Manchado Acabado

Image not found.

## Capítulo 1

Sentía como la hoja entraba suavemente en la piel y la separaba en dos. Podía notar el escozor que producía el corte. Sabía muy bien cuál era la sensación. Él la había experimentado muchas veces en su propio cuerpo. Pero esta vez no era el suyo.

Apretó los dientes para no dejarse llevar por la emoción y concentrarse en lo que hacía.

Agarró fuertemente el bisturí, y volvió a pasarlo otra vez por el mismo sitio. El corte se hizo más profundo. Sacó la lengua para saborear el aire. La excitación le recorría el cuerpo.

-Calma. Despacio, se dijo. No te precipites o lo estropearás todo.

Le miró fijamente a los ojos. Pero no alcanzó a ver nada. Aquella mirada extraviada. Aquél vacío. Todos eran igual. Y aún así no podía dejar de mirarlos. De desearlos. Su respiración se volvía más acelerada. Aquello le gustaba. No. Le excitaba. Pero no podía. Aunque... Una última vez, se dijo. Una más.

Se decidió a hacer otro corte. Más pequeño. Más estrecho. El justo. Le había costado años de práctica saber cual era el tamaño justo. La piel es elástica, pero tiene un límite. Un corte pequeño haría que se rompiese. Uno muy grande no serviría de nada. Y tenía que ser en el lugar preciso, donde más lo disfrutaría.

Tocó para buscar el sitio correcto. Colocó la regla y como si fuera un arquitecto midió con precisión y efectuó el corte. Lo miró con placer. Hacía tiempo que no hacía uno. Pero no había perdido el toque. Se subió a la mesa y la introdujo suavemente. Si se mostraba ansioso se rompería y no serviría. Estaba frío y del interior del cuerpo salía el olor a descomposición típico. Pero le gustaba así. El olor. El tacto.

Notaba el tacto del hueso al rozarlo levemente. La viscosidad de los pulmones ejercía de tope. La sangre estaba espesa por el paso de las horas, pero aún así producía una agradable sensación. Había tenido suerte de que no hubiese ningún hueso roto.

Cuando acabó se apresuró a seguir con su trabajo. Hizo los cortes tal y como marcaba el protocolo. Siempre seguía el protocolo, y no se desviaba jamás. Por eso era el forense mejor pagado de todo el hospital. Todos sabían lo mucho que le gustaba su trabajo, aunque nunca nadie se imaginó cuánto amaba su oficio.